

das, mi alegría no tendría límites y mi felicidad sería completa.

»Fuera de eso, os juro que no deseo nada, ni honores, ni fortuna.

»Si alguna vez tenéis ocasión de hablar de mi con el señor Silas Barker, sin despertar en él penas que desaparecerán, yo lo espero, decidle hasta que punto agradezco sus bondades y los votos que hago, desde el fondo de mi alma, por su felicidad y la de su familia.

»En cuanto á vos, mi querido maestro, ¡qué podría yo añadir á lo que acaba de deciros!

»Os debo lo que soy y esto que soy haría mi dicha si circunstancias independientes de vuestra voluntad, y casi fatales, no destruyesen en parte el efecto del inoivable servicio que me habéis hecho.

»Vuestro agradecido y respetuoso discípulo y amigo.

»MARCELO MONTARÓN.

»*Lucerna, 18 junio, 188...*»

III

Juan Montarón al señor vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, en Brisbane (Australia).

«Querido señor de Fleuse:

»He llegado felizmente á Paris después de una travesía que no ha carecido de incidentes que no os cuento, puesto que desembarcamos sanos y salvos en Inglaterra, donde tomé el vapor para el Havre.

»Durante el viaje, el honorable señor Turner se ha mostrado excelente conmigo. No hay atención que no haya tenido: quiso que me tratasen como á él, y ya veis cómo le trataría á él siendo uno de los principales socios de esa compañía de vapores.

»Me afirmó varias veces que habeis hecho hecho un excelente negocio, y que en muy pocos años podreis imitarle y pasarlo á otras manos, si vuestras ambiciones no son immoderadas.

»Quería que me quedara con él y me aseguraba que tendría ocasión de hacer fortuna poniéndome al frente de una de sus propiedades de la Australia.

»En una palabra, me tomó cariño.

»Pero yo no podía aceptar sus proposiciones.

»Yo tenía mi idea.

»De otro modo no me hubiera separado de vosotros.

»Al separarnos me dejó sus señas, encargándome mucho que si alguna vez renunciaba á mis proyectos y me decidía á expatriarme, recurriera á él, que me colocaría.

»Debo deciros que he perdido la mitad de mi apellido.

»No he querido sacrificarlo todo.

»Me llamo Juan Arón.

»Al desembarcar, ni los carabineros, ni los gendarmes, ni las autoridades, me han preguntado nada.

»El viaje me ha dado un pequeño aire exótico, que hace que tengan conmigo todos los miramientos debidos á los extranjeros.

»Lo que me inquietaba un poco era la manera de buscar trabajo; pero en el barco de Southampton al Havre he hecho un conocimiento que me ha sacado de apuros.

»Yo me había fijado en un pasajero de mi edad, poco más ó menos, bien vestido, pero sin lujo, como el hombre que vive de su trabajo.

»Sus manos anunciaban que manejaba más las herramientas del artesano que la pluma del escribiente.

»Entablamos conversaci6n un día y me dijo que venía de Londres, adonde había ido á estudiar un nuevo modelo de invernaderos; que estaba al servicio de unos horticultores célebres de los alrededores de París; que sus amos tienen un gran negocio, y que cuidan los jardines y las estufas de muchos hoteles particulares.

»—¡Qué casualidad!—le dije yo.—Yo vengo justamente de la Australia de estudiar horti-

cultura. Allí se puede hacer una fortuna en Melbourne, Sidney ó Brisbane, pero necesito hacer mi aprendizaje trabajando, porque esto y lejos de ser rico.

»Yo conocía al menos los útiles del oficio. En la Boca del Lobo, estaba encargado de nuestra huerta, que no estaba mal cuidada.

»Sin duda agradé á mi compañero de viaje, porque me dijo en seguida:

»—Si no sois demasiado exigente, podré colocaros.

»¿Exigente? Yo no tenía derecho á serlo.

»Me puse desde luego á su disposición.

»Y he aquí cómo he entrado en calidad de peón en la casa Morard hermanos, cuyos jardines y estufas ocupan entre Passy y Bolonia un terreno magnífico.

»Esta casa tiene también un almacén de flores en el boulevard de los Capuchinos.

»Es una de las más considerables de París.

»Mi compañero de barco es una especie de contraamaestre en casa de los Morard, en la que está encargado de la direcci6n de los invernaderos y un poco de todo, según me ha parecido.

»Se ha hecho muy amigo mío y me ha señalado en seguida sueldo. No es una gran cosa, pero me basta para cubrir mis necesidades.

»He aquí, por el momento, mi posición social.

»Estos son los informes que puedo daros respecto á mí.

»Lo que sigue interesa más particularmente á mi hermano.

»Pero como no tenéis secretos el uno para el otro, escribo para los dos.

»No he entrado en esta casa hasta después de ocho días de estar en París.

»Estos ocho días los he empleado en pesquisas, que desgraciadamente han sido inútiles.

»No he encontrado á nuestra pobre Teresa, y sin embargo estoy más tranquilo por su suerte.

»Estoy cerca de ella, y me parece que si necesitase auxilio lo sabría yo.

»Además, no desespero y creo seguro verla un día ú otro, cuando yo menos lo piense.

»Lo malo es que estoy ocupado todo el día en mi trabajo, que no me desagrada.

»Samson, que es el empleado de esta casa que tuve la suerte de encontrar en el barco, me demuestra cada día más amistad.

»Me lleva casi siempre con él en las salidas que hace á casa de los clientes de los Morard.

»Se ve que merece toda la confianza de los patronos.

»Ocupo una habitacioncita en una casa de Passy, donde estoy muy bien.

»No pongo hoy esta carta en el correo.

»Esperaré algunos días.

»Tal vez para entonces tenga algo nuevo que deciros.

»No siento haber venido.

»Me parece que no estamos más que á pocas leguas de distancia, puesto que podemos escribirnos y casi hablarnos.

»Hasta muy pronto.

»Cuando os decía que tal vez tuviera algo

nuevo que deciros, no me equivocaba.

»Sin embargo, lo que he descubierto hasta el presente, no tiene gran importancia.

»Ayer fui con Samson á llevar á una encantadora villa de la avenida de los Príncipes, en Bolonia, cerca del establecimiento de Morard, dos palmeras que una señora joven había venido á comprar la víspera, y que quería hacer instalar en su estufa con algunas otras plantas.

»Esta señora es extremadamente hermosa.

»Cuando nosotros llegamos, estaba paseando con un caballero á quien al pronto no conocí, y que tampoco me reconoció él á mí, lo que era desde luego más difícil, porque me ha visto pocas veces y no debía esperar encontrarme en Bolonia, disfrazado de mozo de jardín.

»Además la barba que me he dejado y que llevo cortada á la moda de Brisbane, me desfigura, hasta el punto de que yo mismo me desconozco.

»Cuando se volvió hacia mí, no pude disimular un pequeño movimiento de sorpresa.

»Era el conde Gabriel de Corbière.

»Pregunté á mi compañero:

»—¿Se ha casado?

»—¡Ah, quiá!—me contestó Samsón,—es su querida. Todos estos ricos no se privan de nada; no tengáis cuidado.

»El conde me miró, pero distraidamente, como se mira á un indiferente, á un obrero, por ejemplo, que va á vuestra casa para hacer un trabajo cualquiera.

»La mujer examinaba con interés las plan-

tas que colocábamos, y dejándonos después en nuestro trabajo, se fué á dar una vuelta por la estufa, cogiéndose del brazo del conde y hablándole con tanta libertad como si hubiesen estado solos.

»El parece quererla mucho.

»Daban vuelta por la estufa y la oí que repetía con frecuencia:

»—Pues yo lo quiero, yo lo quiero.

»El se encogía de hombros diciendo:

»—Espero que eso pasará... Es una chiquillada... Además yo no sé cómo dar principio. Y sobre todo, ¿para qué?

»Y un momento después dijo:

»—Estoy seguro de que la mujer que fué á la alcaldía ha muerto.

»—Me lo has prometido y yo lo quiero. Irás á casa de la señora Julien... Ella hablará, eso depende de tí.

»El la cogió en sus brazos y estrechándola contra sí la dijo:

»—Bueno, puesto que lo exiges, iré.

»Todo esto había pasado detrás de un mazo de adelfas y mirtos y sin hacer caso de que nosotros estábamos del otro lado.

»—Si tanto se aman, ¿por qué no se casan?— pregunté á mi compañero.

»—Porque hay un impedimento, según se dice,—me contestó—ella es casada; pero mutis, los asuntos de los parroquianos no nos interesan á nosotros.

»—Tenéis razón.

»Nos marchamos, y al salir dirigí una mirada á la casa.

»Los dos estaban asomados á una de las ventanas y la mujer daba sin duda las gracias al conde por su promesa, porque tenía una de sus manos puesta sobre el hombro de él y le miraba con ojos de una infinita dulzura.

»Un hombre de unos treinta años, bajito y grueso, mal vestido, les expiaba desde la calle, oculto por las parras y la yedra de la verja.

»Samson me dijo:

»—Lo malo que tienen estos barrios para los ricos es eso, que andan siempre por ellos muchos merodeadores.

»Yo no contesté, me pareció que aquel hombre no estaba allí con la intención que mi compañero parecía atribuirle.

»Me parecía que habia en su mirada un ardor extraño.

»Su fisonomía no era la de un individuo que acecha la ocasión para hacer una mala obra.

»De pronto miró su reloj, abandonó el puesto y se dirigió de prisa hacia París.

»Yo ignoraba en absoluto lo que aquel hombre era, pero no puedo decidirme á tomarle por un simple merodeador.

»¿Quién era, pues? ¡Sería el marido!

»No sé por qué os cuento este incidente, que para vosotros y para mí no tiene otro interés que el nombre del conde de Corbiere.

»Pero esta mañana ha ocurrido otro, mientras que yo esperaba en la puerta de un hotel de la plaza de Vendome, donde Samson me habia dejado custodiando un carro lleno de plantas, hasta que él acabase de arreglar no sé qué asunto.

30558

»El hotel á cuya puerta estaba yo, está á pocos pasos del ministerio de Justicia, como supe después por una rara coincidencia.

»Estaba yo en pie al lado del caballo sin pensar en nada de lo que pasaba á mi alrededor.

»Es verdad que mi imaginación no estaba en París, sino en la Boca del Lobo, al lado de mi madre, de mi hermano Pedro y de los pocos amigos que allí tenemos, cuando fui interpellado por un caballero, que con voz ahogada y singular me dijo:

»—¡Vos!

»Me volví con viveza y no me quedé menos estupefacto que el caballero que acababa de pararse delante de mí.

»Me miró con ojos asustados.

»Era nuestro defensor, el señor Letanneur de la Gigonniere.

»—¡Vos!—repitió con admiración tan extraordinaria, que no pude menos de echarme á reír.

»—Pues bien, sí, yo soy—le dije tranquilamente.

»—¡Qué imprudencia!

»—¿Vos me habéis reconocido?

»—En seguida.

»—Yo creía que eso era imposible.

»—¿Cómo estáis aquí?

»—Como veis.

»—¡Desgraciado! ¿Queréis que os prendan?

»—No hay peligro.

»—No tardareis dos horas en estar preso.

»—¡A menos que vos vayais á denunciarme!

»—¿No me supondreis capaz de eso?

»—Me sorprendería mucho, en efecto.

»—Yo que he venido á París solo para ocuparme de vos, y este es el décimo viaje que hago para eso.

»—¿Qué pretendéis?

»—Obtener vuestro indulto... Y el asunto está en buen camino...

»Después me dijo que había visto á la condesa de Corbière para eso, que había hablado con el ministro y hasta con el Presidente de la República, á quien había expuesto el asunto.

»—He hecho una tontería y quiero repararla—me dijo.

»Le dije que le daba las gracias, pero que no se molestara, no hay necesidad—añadí.

»—¿Por qué?—me preguntó.

»—Porque no existe ya.

»—¿Cómo?

»—No... he muerto.

»Debeis suponer que me supuso loco ó que creía estarlo él. Se quedó mirándome con ojos asustados y la boca abierta.

»—Sí—continué,—tal como me veis, he sido fusilado cerca de Noumea, en un sitio que se llama Mandu, y devorado por los tiburones.

»Y como no quería prolongar esta fúnebre broma, añadí:

»—En pocas palabras, me escapé una noche, hicieron fuego sobre mí, creyeron haberme matado y que los tiburones habían dado buena cuenta de mis huesos, así es que extendieron mi acta de defunción y no hay peligro de que se ocupen de mí. No querrán confesar ja-

más que hicieron una tontería. Estoy, pues, tranquilo. Me llamo Juan Aron, gano mi vida honradamente. ¿Qué es lo que podrían reprocharme?

»Se cruzó de brazos, lanzó un gran suspiro y se preguntó:

»—¿Qué es lo que voy á hacer ahora?

»—Nada—dije yo.—Esto es lo mejor. Además el ministro llegará á saber mi muerte. Le direis que lo sabíais antes que él; que habíais recibido carta de Nueva Caledonia en que os lo decían... y el asunto terminará en eso.

—»Sí—dijo;—pero, á pesar de todo, vivid con cuidado.

»Me dió la mano y se fué.

»Adiós. Abrazo á Guillermo; y en verdad, ¿por qué no abrazaros á vos? ¿No somos buenos compañeros de peligros y aventuras?

»Me lo permitiréis, ¿no es verdad?

»Vuestro hermano y amigo.

»JUAN.

»Cuando me escribáis, dirigid la carta al señor Samson, en casa de los señores Morard, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bona, Sena. Para entregar á Juan Aron.

»Y no temáis nada. Está advertido y me las entregará.

»La casa Morard es muy conocida en París.»

IV

Hacia el abismo.

Juan Montarón había oído bien al conde Gabriel de Corbiere y había comprendido bien quién era el merodeador que daba vueltas alrededor de la «villa» de la avenida de los Campos Elíseos.

Era Paulino Escoubere, el marido de la querida del conde.

Escoubere, desde el día en que había conocido el nombre del amante de su mujer, sabía lo que le quedaba que hacer.

No tenía más que acechar al conde Gabriel, seguro de que un día ú otro el enamorado iría directamente á su nido y se haría traición él mismo.

Esto había llegado.

Emboscado detrás de los muros del jardín, oculto por las yedras y las plantas de toda especie que obstruían la verja, había ya visto más de una vez asomada á la ventana á la querida del conde.

Este descubrimiento había producido en su alma el efecto de un calmante.

Había mitigado la fiebre que le devoraba.

Ya sabía adonde ir para encontrar á la que había perdido y á quien amaba tanto, á pesar de la traición, que entreverla un momento era para él una especie de descanso, un goce mezclado de pesadumbre, pero al fin un goce, y